En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Cristo, Rey nuestro. ¡Venga tu Reino!

Oración preparatoria (*para ponerme en presencia de Dios*)

Padre mío, en este día quiero ponerme en tus manos y confiar en Ti. Que no dude nunca que eres un padre bueno, que me amas y que sólo buscas mi bien.

Evangelio del día (*para orientar tu meditación*)
Del santo Evangelio según san Lucas 9, 22-25

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho, que sea rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, que sea entregado a la muerte y que resucite al tercer día”.

Luego, dirigiéndose a la multitud, les dijo: “Si alguno quiere acompañarme, que no se busque a sí mismo, que tome su cruz de cada día y me siga. Pues el que quiera conservar para sí mismo su vida, la perderá; pero el que la pierda por mi causa, ése la encontrará. En efecto, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si se pierde a sí mismo o se destruye?”

Palabra del Señor.

Medita lo que Dios te dice en el Evangelio.

Te invito que al leer y reflexionar este pasaje no pienses: «ah, otra reflexión, otra vez este Evangelio», sino más bien, que te des cuenta de que Jesús te está hablando y te dice: «la vida no es fácil, pero aquí estoy Yo para ayudarte.»

Te hablo a ti, que puedes estar cansado e incluso harto de cargar tu cruz. Sé que no es fácil, que implica cansancio, dolor, sufrimiento; sé que a veces caerás y que te costará levantarte, pero recuerda que María, tu Madre, está siempre a tu lado.

Recuerda que hay uno o varios cirineos que te ayudarán a cargar la cruz y habrá personas, como la Verónica, que limpiarán, no sólo tu rostro sino tu alma.

Si te preguntas: ¿por qué yo? ¿por qué me pasa todo esto a mí? Quiero que creas y sepas que todo esto es porque Jesús confía en ti y Él sabe que tú puedes superar esto, tomado siempre de su mano. Como dice Jesús: «Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará».

«Siempre, también hoy, está la tentación de querer seguir a un Cristo sin cruz, es más, de enseñar a Dios el camino justo, como Pedro: "No, no Señor, esto no, no sucederá nunca". Pero Jesús nos recuerda que su vía es la vía del amor, y no existe el verdadero amor sin sacrificio de sí mismo. Estamos llamados a no dejarnos absorber por la visión de este mundo, sino a ser cada vez más conscientes de la necesidad y de la fatiga para nosotros cristianos de caminar siempre a contracorriente y cuesta arriba. Jesús completa su propuesta con palabras que expresan una gran sabiduría siempre válida, porque desafían la mentalidad y los comportamientos egocéntricos. Él exhorta: "Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará". En esta paradoja está contenida la regla de oro que Dios ha inscrito en la naturaleza humana creada en Cristo: la regla de que solo el amor da sentido y felicidad a la vida. Gastar los talentos propios, las energías y el propio tiempo solo para cuidarse, custodiarse y realizarse a sí mismos conduce en realidad a perderse, o sea, a una experiencia triste y estéril. En cambio, vivamos para el Señor y asentemos nuestra vida sobre su amor, como hizo Jesús.»
(Ángelus de S.S. Francisco, 3 de septiembre de 2017).

Diálogo con Cristo

Ésta es la parte más importante de tu oración, disponte a platicar con mucho amor con Aquel que te ama.

Cuando viste la cruz, Jesús, no viste tu instrumento de tortura, sino el instrumento de mi salvación. Tú que la abrazaste, la besaste y la cargaste, has que yo, indigno amigo tuyo, cargue con mi cruz de cada día y la lleve hasta llegar contigo al Calvario, y la ame como Tú, Señor, la has amado.

Propósito

Proponte uno personal. El que más amor implique en respuesta al Amado... o, si crees que es lo que Dios te pide, vive lo que se te sugiere a continuación.

Aceptaré con alegría las contrariedades o cambios de planes que me sucedan hoy.

Despedida

Te damos gracias, Señor, por todos tus beneficios, a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

¡Cristo, Rey nuestro!
¡Venga tu Reino!

Virgen prudentísima, María, Madre de la Iglesia.
Ruega por nosotros.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.